

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

CUENTOS SORPRENDENTES



Cuentos sorprendentes

Julio Cortázar

Max Aub

María Elena Llana

Mario Benedetti

Carlos Fuentes

Manuel Vázquez Montalbán

Roald Dahl

FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos sorprendentes / Max Aub ... [et al.]; compilado por
Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires: Factotum Ediciones,
2022; Madrid : Editorial Popular, 2022.

120 p.; 22 x 15 cm. - (Palabras Mayores)

ISBN 978-987-4198-44-0

I. Narrativa en Español. 2. Cuentos. I. Aub, Max.

II. Calero, Mercedes, comp.

CDD 863

© Factotum Ediciones, 2022
Roseti 782 (1427)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 2002, 2022
C/Doctor Esquerdo, 173 6º Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Coordinación editorial: Luciano Páez Souza

Asistencia editorial: Alejandra Teijido

Prólogo: Hugo Salas

Corrección: Malén Vazquez

Diseño de tapa: Fernando Ozón

Vectores de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-4198-44-0

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Sorprenden realmente estos cuentos sorprendentes. Hay quien dice, tal vez no sin razón, que una de las mayores pérdidas de la infancia es la capacidad de asombro. Si es así, estas lecturas gratificantes podrán devolvernos en parte al paraíso perdido.

Si alguien todavía duda, que se ponga en contacto con Cortázar y con Max Aub, con Fuentes, Montalbán y Roald Dahl. Ahí están, acompañados por María Elena Llana y Mario Benedetti, como fieles testigos de que la imaginación se encarna en palabras y tiene sus recompensas.

De Cortázar solamente podemos decir que, una vez más, es él mismo. Se le puede leer sin que nadie nos diga su autoría, pues está presente en cada línea, en cada digresión, en cada detalle inconfundible. Mayor es la sorpresa que produce Max Aub en *La Gabardina*. El misterio y el

encanto se dan cita, trenzan un relato tembloroso y en un puñado mínimo de páginas se acercan a la obra maestra.

La cubana María Elena Llana y el uruguayo Benedetti nos conducen por distintos caminos hacia desenlaces insospechados. Pero a continuación viene Carlos Fuentes para relatar, desde la muerte de su personaje, Filiberto, toda una intromisión de Chac Mool, dios azteca de la lluvia, que se hace presente en la vida de los humanos. De esta manera se expresa: “Realidad: cierto día la quebraron en mil pedazos, la cabeza fue a dar allá, la cola aquí, y nosotros no conocemos más que uno de los trozos desprendidos de su gran cuerpo”. Esta pudiera ser la síntesis del relato.

Por si fuera poco, ahí está Vázquez Montalbán, dotado de una perspicacia y de una inventiva que le brota incontenible, feroz crítica bañada de ironía a la sociedad de consumo. Y para concluir, R. Dahl, con su inconfundible humor británico, en un argumento que se deja devorar, original en el planteamiento e inteligente en el desenlace.

Esperamos haber acertado. Nada más por el momento. Y nada más que desearles que disfruten de tantos y tan diversos talentos, aunados aquí para demostrar el valor de la verdadera literatura.

Hugo Salas

Casa tomada

Julio Cortázar

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a medio día, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene

rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa.

Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente

si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañolotas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un za-

guán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y al baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del

mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo, felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro? Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que

queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca.

Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

-No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resulta molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió

para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

-Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos

irrumpan en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso es que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en voz alta, me desvelaba en seguida.

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo, casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuertes pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

-¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? -le pregunté inútilmente.

-No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Julio Cortázar (Bruselas, 1914–París, 1984). Aunque nació y murió fuera de Argentina, es profundamente argentino tanto en sus escritos como en su vida. Fue maestro rural y profesor en la Universidad del Cuyo. Renunció por su oposición al peronismo. Es uno de los mayores representantes de la literatura latinoamericana. Algunas de sus obras: *Los reyes*, *Bestiario*, *Final del juego*, *Las armas secretas*, *Historias de cronopios y famas*, *Todos los fuegos el fuego*, *Rayuela*, *La vuelta al día en ochenta mundos*, *62 Modelo para armar*, *Último round*, *Los premios*, *El libro de Manuel*, *Octaedro*, *El examen*, *Queremos tanto a Glenda*.

© J. Cortázar y Herederos de J. Cortázar



FACTOTUM
EDICIONES

La gabardina

Max Aub

A mi novia, que me lo contó.

Todavía existía el carnaval. Es decir: hace muchos años. No importa: de todos modos no me van a creer. Se llamaba Arturo, Arturo Gómez Landeiro. No era mal parecido, solo una gran nariz le molestaba para andar por el mundo. No era nariz descollante pero sí una nariz un poco mayor de lo normal. Por ella pensó hacerse marino. Pero su madre no le dejó. Lo más sorprendente: que esto que cuento le sucediera a él; a veces me he preguntado el porqué sin atinar la contestación. Por lo visto las cosas extraordinarias le suceden a cualquiera; lo importante es cómo se enfrenta uno con la sorpresa. Si Arturo Gómez hubiese sido hombre excepcional no escribiría esto: se hubiera encargado él de referirlo, o hubiese seguido adelante. Pero se asustó y no me queda más remedio que contarlo, porque no me sé callar las cosas.

Aquello empezó el 28 de febrero de 19... Arturo cumplía aquel día, mejor dicho, aquella noche veintitrés años, cuatro meses y unos cuantos días. Que no se me olvide decir que era huérfano de padre, que su mamá le esperaba cada noche para verle regresar, entrar en su cuarto, meterse en la cama antes de acostarse a su vez; lo cual redundaba en cierta timidez que irradiaba del joven y hacía que sus amigos le tuvieran en poco y no contaran con él sino de tarde en tarde para sus honestas franquichelas. Leía poco, primero porque, según la señora viuda de Gómez, aquello “estropeaba los ojos”; después porque el difunto -buen gallego- le había dado bastante que hacer con los libros, a los que fue aficionadísimo, con detrimento de otras obligaciones; burlón y amigo de cosas que quedaban en el aire (frases con sentido que no explicaba, repentinos accesos de alegría sin base a la vista, caprichos anómalos: quedarse todo el domingo en la cama fumando su pipa o -lo que era peor- desaparecer para reintegrarse al cristiano hogar diez o quince días más tarde, sin explicaciones decorosas). Doña Clotilde había tenido muy buen cuidado de preservar a su hijo de tan peregrinos antecedentes. Don Arturo, el desaparecido, aparentó no tomarlo en cuenta. Se murió un buen día, tranquilamente, sin despedirse de los suyos, lo cual pareció a su digna esposa un postrer desacato; además del susto que se llevó al despertar cerca del cadáver.

Aquel último día de febrero era domingo de carnaval, que así de adelantado era el año. Arturo -el hijo- entró en el salón de baile, con su terno negro, y se puso a mirar a su alrededor con tranquilidad y cuidado. Buscaba a Rafael, a Luis o a Leopoldo. No vio a ninguno de ellos. Se disgustó. Había llegado un cuarto de hora tarde, con toda intención: para que vieran que no le importaba mucho aquello, para hacerse valer, aunque fuese un poco. Y ahora resultaba que era el primero. No supo qué partido tomar: no conocía a las muchachas. Era Rafael quien se las tenía que presentar; aquel baile se efectuaba en un barrio lejano, que a medias desconocía. Se recostó en la pared y se dispuso a esperar. Naturalmente, en este momento la vio.

Estaba sola, en el quicio de una puerta casi frontera. Los separaba el remolino. Parecía perdida, miraba como recordando, haciendo fuerza con los ojos para acostumbrarse. Su mirada recorrió la estancia, dio con él, pero sus pupilas siguieron adelante, como si arrastrara con todo, red pescadora. Arturo era tímido, lo cual le empujó a decidirse, tras una apuesta consigo mismo. La cuestión era atravesar a nado el centro del salón repleto de parejas. El mozo se proveyó del número suficiente de “ustedes perdonen”, “perdone”, y “por favores” y se lanzó a la travesía; esta se efectuó sin males, con solo girar con cuidado

y deslizarse -pensó que audazmente- reduciendo el esqueleto del pecho. Además, tocaban una polca, lo que siempre ayuda. Ofreció ceremoniosamente sus servicios. La muchacha que miraba al lado contrario, volviéndose lentamente hacia él, sin pronunciar palabra, le puso la mano en el hombro. Bailaban.

La mirada de la joven tuvo sobre Arturo un efecto extraordinario. Eran ojos transparentes, de un azul absolutamente inverosímil, celestes, sin fondo, agua pura. Es decir: color aire, clarísimo, de cielo pálido, inacabable. Su cuerpo parecía sin peso. Entonces, ella sonrió. Y Arturo, felicísimo, sintió que él también, queriendo o sin querer, sonreía.

Todo daba vueltas. Vueltas y más vueltas. Y no únicamente porque se tratara de un vals. Él se sentía clavado, fijo, remachado a los ojos claros de su pareja. Lo único que deseaba era seguir así, indefinidamente. Sonreía como un idiota. La muchacha parecía feliz. Bailaba divinamente. Arturo se dejaba llevar. Se daba cuenta, desde muy lejos, que nunca había bailado así, y se felicitaba. Aquello duró una eternidad. No se cansaba. Sus pies se juntaban, se volvían a separar, rodando, rodando, de una manera perfecta. Aquella muchacha era la más ligera, la más liviana bailarina que jamás había existido. Nunca supo cuándo acabó aquello. Pero es evidente que hubo un momento en el cual se encontraron sentados

en dos sillas vecinas, hablando. Ya no quedaba casi nadie en la sala. Los farolillos, las cadenetas de papel, las serpentinas que adornaban trivialmente el techo parecían cansados. Las tirillas de papel de colores caían aquí, allá, desmadejadamente. Los confetis pinteaban el suelo con su viruela de colores, dándole aire de cielo al revés, cansado, inmóvil, quizá muerto. El quinteto ratonero tomaba cerveza.

Como la muchacha no quería dar ni su apellido ni su dirección -su nombre, Susana-, Arturo decidió seguir con ella pasara lo que pasara. Con esta determinación auestas se sintió más tranquilo. Se quedaron los últimos. El salón, de pronto, apareció desierto, más grande de lo que era, las sillas abandonadas de cualquier manera, la luz vacilante haciendo huir las paredes en cuya blancura dudosa se proyectaban, desvaídas, toda clase de sombras. El muchacho no pudo resistir el impulso de decir el “¿nos vamos?” que le estaba pujando por la garganta hacía tiempo. Susana le miró sin expresión y se fue lentamente hacia la puerta. Arturo recogió su gabardina y salieron a la calle. Llovía a cántaros, ella no tenía con qué cubrirse. Su trajecillo blanco aparecía en la penumbra como algo muy triste. Se quedaron parados un momento. Susana seguía sin querer decir donde vivía.

-¿Y va a volver a pie a su casa?

Índice

Prólogo, 5

Casa tomada, 7
Julio Cortázar

La gabardina, 17
Max Aub

Nosotras, 33
María Elena Llana

El atillo, 45
Mario Benedetti

Chac Mool, 53
Carlos Fuentes

Desde un alfiler hasta un elefante, 69
Manuel Vázquez Montalbán

La venganza es mía S.A., 77
Roald Dahl

FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?